

MARINA AGUIRRE

VERANO 2001



Maclein *y* Parker

Primera edición

Mayo de 2024

Del texto

© Marina Aguirre, 2024

www.instagram.com/marinaaguirreescritora/

De la cubierta

© Leticia Quirós, 2024

www.instagram.com/retaleh_

De esta edición

© Macleín y Parker, 2024

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

www.macleinyparker.com

Edición y corrección

Macleín y Parker

Diseño de la colección y maquetación

Antonio Abad (Macleín y Parker)

Impresión

Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

ISBN: 978-84-126927-6-1

Depósito Legal: SE-1270-2024



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

Pero a mi casa la azotan los rayos
y un día se va a partir en dos.

Y yo no sabré dónde guarecerme
porque todas las puertas dan afuera del mundo.

MARIO BENEDETTI

JUNIO



El sol calienta tanto que el sudor me escurre por la frente y, si me quedo quieta con los ojos cerrados el tiempo suficiente, logra saltar las cejas, deslizarse por los párpados y detenerse en mis pestañas. Si abro entonces los ojos un poco, muy poco, el sol se transforma en un arco iris de colores oscilantes antes de resbalar y mezclarse con las lágrimas, saladas en otra proporción, desbordándolos. Escuece un poco, pero merece la pena.

Parece que te hayas fumado algo, dice María. No estoy muy segura de a qué se refiere, pero desde ya hace un tiempo anda diciendo cosas que no entiendo y mirándome con cara de superioridad si le pregunto de qué habla. Por eso dejé de preguntarle y también de contarle mis secretos.

Como nuestros padres son amigos, la pérdida de la confianza por mi parte no quiere decir que ahora nos veamos menos que antes; salimos continuamente los siete juntos: mis padres, los suyos, nosotras, su hermana pequeña. A mí me encantaría tener una hermana pequeña propia; ante su ausencia, me conformo con pasar tiempo con Dani,

que todavía no usa las expresiones rimbombantes de su hermana ni ha aprendido a no preguntarle cada vez que no entiende sus pullas de niña mayor.

Ven aquí, me dice papá, y me embadurna la cara de crema para el sol. No me gusta nada la crema que usa porque se supone, según indica en grandes letras naranjas su envase, que no tiene perfume, y no es verdad. Que una crema no tenga perfume quiere decir, o debería querer decir, que no huele a nada cuando la pones en tu mano, pero la realidad de este ungüento es que al frotarlo contra la piel desprende un olor raro, un poco a petróleo y un poco a lo que huelan tus manos en ese momento, pero peor. Las manos de papá huelen a fuego y al ajo con que ha adobado la carne para la parrilla. Me frota a mí con la misma insistencia que ha aplicado en las piezas de la careta del cerdo: la raíz del pelo, detrás de las orejas, por encima del labio superior. Siento sus dedos contra los dientes, podría contarlos a través de mi piel y yo podría morderle con facilidad, como le habría mordido el cerdo que ha adobado para la comida de haber estado vivo. Para mí, mamá ha traído una lubina que ha preparado por adelantado en casa para quitarle la cabeza y las tripas y que se parezca lo menos posible a un animal cuando la ponga sobre la parrilla.

María, Dani y yo jugamos con niños desconocidos en unos columpios que hay en el parque. Son unos columpios enormes, rústicos, mucho más grandes que los de los parques de la ciudad. En el parque de nuestro barrio hay un tobogán más bajito que yo y ya no puedo ponerme de pie en varias partes del castillo. Aquí, en medio del bosque, hay un columpio hecho con una rueda de tractor en la que

algunos de los niños más pequeños no pueden subirse sin ayuda de un adulto. El año pasado, cuando vinimos a la parrilla anual de la peña, mamá y papá se subieron juntos y los padres de María los empujaron adelante y atrás. Parecían muy pequeños subidos en el neumático. Me gustan estos columpios porque no me recuerdan que estamos creciendo, que tengo que reptar para pasar por los tubos que unen las torres del castillo, que si no doblo las rodillas mis pies rozan el suelo de grava bajo los columpios normales, y que el año que viene María y yo ya iremos a secundaria. En estos columpios siempre me podré subir, incluso cuando sea adulta. Entonces tendré mi propio coche y podré conducir hasta aquí todas las veces que quiera.

Todos los miembros de la peña llevamos la misma camiseta fucsia con un dibujo precioso de una bailarina en la parte de delante. En la parte de atrás lleva en letras enormes escrito «VERANO 2001» y debajo en letras muy pequeñas los nombres de todos los participantes, hasta de los bebés que solamente son socios porque lo son sus padres. Mi nombre está en la tercera columna, hacia la mitad. Este año llevo la talla S, es la primera vez que visto una talla de adulto, y María se rio porque ella es más bajita que yo y con sus bracitos delgaduchos apenas llena la talla 12-14.

Llevas la misma talla que mi madre, me dijo cuando vio mi camiseta.

También que la mía, le respondí.

Lo que para ella parecía motivo de vergüenza yo lo logré hacer sonar como algo de lo que enorgullecerse, y después me sentí contenta de haberle sabido responder

bien. Lo repasé muchas veces en mi mente, ese momento, y cada vez me hacía sentir una agradable satisfacción interior.

Cerca de las parrillas, y a pesar de estar refugiadas bajo la sombra de unos chopos, el calor es todavía más insopor- table que al pleno sol de los columpios. Nuestra barbacoa asa comida para la familia de María, la mía y otras dos. El señor que está vigilándola cuando vuelvo mareada de dar vueltas sobre la rueda del tractor suda tanto como no- sotras; algunas gotas de su sudor le escurren por la cara hasta la barbilla y desde ahí se descuelgan y caen sobre las brasas cuando se mueve. Allí sisean mientras todos hacen como si no las vieran caer ni las oyeran evaporarse sobre los carbones.

Es toda una proeza lograr que la comida se mantenga limpia de las pelusas de los chopos que cubren el suelo y que se levantan y flotan al paso de la gente porque todavía no están tan pisadas como para convertirse en una alfom- bra blancuzca. Hace unos años, cuando aún era pequeña, un chico les prendió fuego para quitarlas y despejar el te- rreno, pero ardieron tan deprisa que tuvieron que venir los bomberos para controlar el fuego. No recuerdo al chico ni el fuego, pero sí a los bomberos vestidos con sus trajes de astronauta.

Mamá me pone mi lubina sobre una tostada enorme de hogaza, que no me hace mucha gracia porque lo comemos así, sin plato ni nada, y como es tradición hay que comerse el pan también, aunque no me guste porque tiene la miga oscura y muy apretada. Mamá me sopla una pelusa que se ha posado sobre la comida y me dice lo de siempre.

Recuerda que es pescado, y no quiere decir que yo no lo sepa, sino que no me olvide de que puede habersele escapado alguna espina al limpiarlo. Mamá lleva muy rara todo el día, se ha pasado la mañana sentada junto a la madre de María y ninguna de ellas se ha levantado más que para ayudar a servir la comida. Me siento a su lado para comer, María y Dani se hacen un hueco con nuestros padres. Mamá se está comiendo un trozo de chorizo con una pelusa enorme pegado en él pero ni siquiera parece darse cuenta hasta que se lo digo. Después de eso ya no come nada más.

Creo que me están dando alergia las pelusas de los chopos, hay muchas más que otros años, comenta, y puede que sea verdad porque tiene la nariz muy roja, que es como se le pone a una niña de mi clase en cuanto empieza la primavera. Alicia, la madre de María asiente con energía. Me apuesto algo a que si mamá se quitara las enormes gafas de sol que lleva puestas, le vería que debajo tiene los ojos rojos y llorosos.

Después de comer, el sol me adormece, mamá me vuelve a aplicar crema para el sol y prefiero cómo lo hace ella a cómo lo hace papá, recorriendo toda mi cara con los dedos como una vez vi en una película hacer a un hombre ciego con la mujer que amaba. Bajo los árboles, tumbada sobre una manta tan fina que me deja sentir a través de ella toda la irregularidad del suelo y hasta las más pequeñas piedrecitas que se me clavan en la espalda, me dedico a entrecerrar los ojos hasta que la luz se filtra entre mis pestañas en penumbra, pero no es lo mismo sin las gotas de sudor salado que hacían que la luz temblase como un flan.